

TRADICIONES DE MI PATRIA.

II.

LA BANDERA DE LORCA.

1708.

Hay días de tristeza y luto para la patria, pero en los cuales también parece que la Providencia se complace en coronarla de gloria.

En las grandes catástrofes de España, alguno de sus heroicos hijos ha sabido poner muy alto su honor, cuando todo se perdía.

Tal sucede con un ilustre lorquino, el día que la importante plaza de Oran pasaba del poder de España al de los Argelinos.

Ensangrentados los campos de nuestra patria con la larga guerra de sucesión á principios del pasado siglo. Lorca, abrazando la causa de el Duque de Anjou, supo defenderla, no solo con valor sino hasta con heroísmo.

Gloriosas acciones ejecutaron en servicio del nieto de Luis XIV, multitud de lorquinos ilustres, y los nombres de D. Diego Antonio Alburquerque, con sus dos hijos D. Antonio y D. Diego, D. José Fernandez Osorio, D. Alonso Garcia de Alcaraz, D. Pedro Gimenez Medrano, D. Juan Leonés de Guevara y tantos otros, recuerdan heróicos hechos en defensa de la causa de los Borbones.

Mas entre todos merece especial mencion D. Pedro de Villanueva Parrilla.

Regidor de la ciudad de Lorca en el año de 1806, fué nombrado por esta ciudad, para que á la cabeza de su compañía acu-

diese al socorro de Murcia, sitiada por los aliados del Archiduque, y despues de un largo asedio se vieron estos obligados á retirarse de nuestra provincia.

No contento Villanueva con los triunfos alcanzados y queriendo aun añadir nuevos blasones á su esclarecido escudo, pensó conducir su tropa, dónde aguerrida y valiente, diese repetidas pruebas de su esfuerzo y su lealtad.

Por instigacion de los ingleses tenían los Argelinos sitiada la plaza de Oran en el año 1707. El general D. Cárlos Carrasa, ocupado de su defensa, recibió el refuerzo de los lorquinos con señaladas muestras de contento, y noticioso de su valor, les entregó para su defensa y custodia el castillo de San Andrés.

Numerosos fueron los ataques á la plaza y en todos demostraron los lorquinos que no en vano habían obtenido la confianza de su general. Inútil creyó este la resistencia y juzgó que el valor de sus soldados se estrellaría al fin contra el mayor número de sus enemigos, y capitulando les entregó la plaza.

Aun sin embargo ondeaba en el castillo de San Andrés el estandarte de Lorca. Villanueva creyó que no le era lícito entregar el castillo que á su lealtad se había confiado, mientras en él pudiese fijar su planta y se había negado á entrar en trato con los Argelinos.

Su situacion desesperada era más difícil y comprometida cada día. Reducido al estrecho recinto del mencionado castillo, con solo los lorquinos que compartieran con él las fatigas de la defensa; privado por completo de comunicacion con el ejército de Felipe V, y sin esperanza ninguna de recibir el socorro de víveres y municiones, prefirió que los argelinos, tomando el castillo por asalto, le dieran la muerte ó la esclavitud, mal mas terrible que el primero, á abandonar por la capitulacion que se le ofrecia, el puesto que se había á su lealtad confiado.

No faltará quien pretenda tachar su heroico valor de inútil temeridad; mas no merece en nuestra opinion tal calificativo. Villanueva había recibido la bandera de Lorca y había jurado tremolarla en favor de España ante el altar de Ntra. Sra. de las Huertas; y aquella bandera, que con el auxilio de la Virgen jamás se había plegado, sin combatir lealmente en el Salado, Almanzora, Mojaca, Baza y Guadix, no debía capitular ante el poder argelino, cuando se trataba de la integridad de España. Por eso tremolaba sola sobre ruinas en la pérdida de Oran. ¡Gloria á los héroes lorquinos, que á su nombre pudieron combatir y vengar con usura su derrota!

Llegó el 8 de enero de 1708, y los argelinos dieron su último asalto al castillo de San Andrés con un valor indecible; pero no era menor el que se oponia á su paso y veintiocho lorquinos encontraron gloriosa muerte al pié de su bandera. Entre el humo del

combate y el polvo de las ruinas, el pabellon de Lorca se eclipsa, y, pasados unos momentos, aparece en su lugar el estandarte del Profeta falso de la Meca.

La batalla había cesado, y entre un grupo de soldados del Oran, son conducidos como cautivos Villanueva y los pocos lorquinos que le restan del combate. Sus implacables enemigos quisieron hasta despojarles del vestido que llevaban, y por primera vez se vió temblar á Villanueva y palidecer su rostro. Mas un oficial turco, que habia estado en otro tiempo cautivo en Lorca, mandò al grupo de soldados no proceder á la última humillacion de los prisioneros, y sacando al capitan lorquino, lo condujo á presencia de su rey, y le persuadió á que lo tomase por esclavo, permaneciendo tres años en este estado en Argel.

Tal fué el último dia de la dominacion española en la importante plaza de Oran.

¿Y que se había hecho de la bandera de Lorca? ¿Acaso sus girones serían repartidos entre los vencedores con escarnio? ¿Acaso la Cruz, que en su centro ostentaba, serviría de alfombra en las mezquitas de Mahoma?

Tres años trascurrieron de la pérdida de Oran, y una mañana, el ilustre Municipio de Lorca, con ostentoso aparato, precedido de sus maceros y en medio de prolongados vítores, se dirigia al santuario de Nuestra Sra. de las Huertas. A la derecha del Presidente del Municipio marchaba un hombre, pálido y demacrado, pero con la alegría pintada en el semblante y con lágrimas de reconocimiento en los ojos: su trage de capitan, viejo y descolorido, se desprendía en girones de su cuerpo y sin embargo él lo llevaba con orgullo. Llegada al templo la comitiva, todos cayeron de rodillas, à los acordes del órgano, y solo el capitan permaneció de pié, se adelantò hacia el altar y con voz conmovida exclamó:

«Virgen y Reyna de los Lorquinos; puesta la mano sobre los Evangelios, juré un dia ante vuestra imagen defender de todo ultrage la bandera inmaculada de Lorca; y vos prodigiosamente me habeis ayudado á ello: recibidla, Señora, como la expresion de la gratitud que os deben los Lorquinos por vuestra poderosa proteccion!»

Y la bandera del castillo de San Andrés se desplegó nuevamente al viento, bajo las bóvedas del santuario de las Huertas, mientras un pueblo con la voz del entusiasmo elevaba al cielo el cántico sagrado del *Magnificat*.

Era esta popular fiesta, porque el capitan de los tercios lorquinos D. Pedro de Villanueva y Parrilla, libre de su cautiverio, se prostaba nuevamente ante María; era porque en la pérdida de Oran, el esforzado caudillo, plegando su bandera y arrollandosela al cuerpo bajo sus vestidos, la había salvado de los sectarios de Mahoma, haciendole palidecer cuando al desundarlo le esponían á perderla; era que el antiguo regidor de Lorca la devolvía á su pa-

ria, despues de tres años de cautiverio, milagrosamente conservada; era que el Municipio la mandaba poner como trofeo sobre el retablo mayor de Ntra. Sra. de las Huertas, para que con muda lengua gritase constantemente á los lorquinos: «Sed dignos hijos de vuestros padres.»

J. M. CAMPOY.

¡AY!

Llevo en el alma un ¡ay!, que me la rompe
Y mis lábios marchitos no lo exhalan,
Y vagar dejo en ellos la sonrisa,
Escarnio de la pena de mi alma.

Yo tengo el corazon hecho girones
Y un mar de hiel en sus profundes llagas;
Y no puedo verter el llanto à mares,
Porque el mundo se burla de mis lágrimas.

Y yo quiero gemir; porque es tan grande
El torcedor, que mi existencia amarga,
Como anchuroso y grande es el espacio,
Que nuestra mente á concebir no alcanza.

Tan grande es mi dolor, que el iracundo
Vendabal, que estremece la montaña,
Es la brisa marina que sonríe,
Si al que ruga en mi pecho se compara.

Tan grande es mi dolor, que del Vesubio
La hoguera eterna de candente lava,

Es nieve comparada con el fuego,
Que hierve abrasador en mis entrañas.

.....
.....
¡Y llevo un jay! que el corazón me rompe
Y mis labios marchitos no lo exhalan!
¡Y anhelo derramar el llanto á mares,
Pero el mundo se burla de mis lágrimas!!..

J. MARTINEZ PARRA.

~~~~~  
**LA LUCHA**  
~~~~~

SONETO.
—

Cruel martirio de mi triste vida,
Instrumento fatal de mi destino:
Sirena, cuyo canto peregrino
El alma encanta y á gozar convida;
Pero que apenas la contempla herida,
Presa en las redes de su amor mezquino,
Huye veloz, dejando en su camino
Muerto el placer y la ilusión perdida.
A tu recuerdo, ponzoñosa ira
Hierve en mi pecho, y en mi auxilio llamo:
Todo el rencor que Satanás respira
Para odiarte, mujer; al cielo clamo
Con ronco acento y destemplada lira,
Maldiciendo tu nombre.... ¡Y aun te amo!

EMILIO MORA.

~~~~~  
**EL DUELO.**  
~~~~~

Cuestiones hay de actualidad, y es una de ellas, la cuestion con que se encabeza el presente artículo.

Multitud de veces en los últimos dias hemos tomado la pluma para ocuparnos del asunto; y otras tantas ha quedado abandonada, temerosos de cometer alguna inconveniencia.

Y las inconveniencias en los tiempos que atravesamos, suelen tropezár con la punta de un florete que no pincha, el filo de una espada, la de Bernardo por ejemplo, ó la boca de una pistola que permanece muda: tres distintas armas, templadas en el ridículo del último tercio de un siglo que se llama *de las luces*.

Pero la pluma se estravía y apesarados advertimos que su rumbo se encamina hacia el Teatro de Arderius, con mengüa y acaso traicionando à los de capa y espada. Nuestro trabajo es de suyo grave para tratado en el terreno humorístico, por que entraña tres fundamentales principios, de que el hombre jamás puede desviarse: el principio moral, el principio social, y el principio filosófico.

Vamos á ocuparnos, siquiera sea á grandes rasgos, de ese absurdo, estravio, ó aberracion del entendimiento humano, que ha dado en llamarse *querellas de honor*; y que nosotros, apoyados en las incommovibles virtudes del Evangelio, le calificaremos de negacion absoluta, ó inversion al menos, de toda nocion religiosa, de atentado contra la sociedad, y de filosofia del error.

Al entrar en sendero tan resbaladizo, lo hacemos con plena conciencia de nuestras profundas convicciones, fija la vista en la region serena de las ideas, y sin transacciones vergonzosas que puedan lastimar una equidad perfecta, ó la imparcialidad de una justicia fria y severa. Sin alusiones, que á nada provechoso conducirían, pero sin quitar tampoco al asunto cuanto de feo y repugnante encierra, diremos nuestra opinion franca y leal, recargando en el cuadro las oscuras tintas de su lado bufo, con la esperanza de conseguir algun laudable resultado en beneficio de nuestros semejantes.

Curar esa locura ó monomanía: hé aquí el fin que se propone el autor de estas lineas. Acaso el aspirante á médico, sea el loco rematado. No importa: que si el proverbio es cierto, locos y niños suelen á las veces decir sendas verdades.

—¡El duelo...!—¿Qué es el duelo?—Oigamos al Diccionario de la Lengua:—«Combate ó pelea entre dos, precediendo desafio ó reto.—Empeño de honor.»—Y mas adelante añade, aunque en otro sentido:—«Trabajos y calamidades.»—

¡La lucha, siempre la lucha, que tuvo su origen en el mismo cielo...! ¡Esto es triste, es terrible, es desconsolador!

Cain y Abél! En la fraternidad de los primeros hermanos comenzó á modelarse el duelo en todas las épocas de este mundo que algunos llaman paraiso. Combate, pelea entre dos. Es decir, destruccion mútua, sangre, lágrimas: una esposa viuda; padres que pierden al hijo de sus entrañas; hijos, que desvalidos en su triste horfandad, lloran la muerte del autor de sus dias, sostén y amparo de su delicada inocencia.

¿Y quíen eres tú, retador imprudente, que te atribuyes facul-

tades al Criador reservadas, pretendiendo destruir la obra más perfecta de la creación? ¿Cree tu necio orgullo ó tu indómita soberbia, que por lo que consideras un empeño de honra, tal vez nacida al calor de una vanidad ridícula, te sobras según tu estraviado criterio para erijirte en juez de tu propia causa, y provocando á tu hermano, sometas tu querrela al poderoso argumento de un proyectil, que á uno de los dos os pueden privar en un segundo de una vida que no es vuestra? Contesté por mí ese eterno é incommovible principio que se llama Moral Universal.

¿Imaginas que te autoriza la ofensa recibida, por grave que te se parezca, para borrar del libro de los vivientes un miembro de la humana familia; hacer vestir á una esposa desvalida las negras tocas de la viudez, y el traje de los huérfanos á los hijos desamparados? Conteste la Sociedad.

Y suprimo el postrer llamamiento á la Filosofía, por que el dualista, *ipso-facto* podrá beber en la alemana el cieno de sus laberínticas y estrañas formas, que como linterna mágica se proyectan en un fondo donde brilla el vacío; nunca en la verdadera filosofía, cuyas puras y cristalinas aguas tienen su manantial fecundo en el monte de la vida, donde fué plantado el árbol sacrosanto de la Redención.

Comenzando por el humorístico tono, observo que insensiblemente la pluma se desliza y dá de lleno en la elegía: resabios de aprendices de poeta; porque como decía el inmortal Espronceda:

A las reglas del arte no me ajusto,

Y allá van versos, donde vá mi gusto.

Dispensen mis pacientísimos lectores estos rápidos saltos á tan opuestas tendencias, y no den al olvido que la moda tiene sus exigencias. Entre ambos polos tomaremos el término medio, vulgo representativo-conservador, puesto que tan excelentes y escelen-tísimos resultados nos viene dando, para solaz, entretenimiento, y edificación de las futuras generaciones, si es que quedan generaciones para contarlo.

Y aquí debemos hacer cierta salvedad. El párrafo que precede encaja en la indole del presente artículo. No se crea aludido con él, grupo, ni fracción, ni fraccioncita, ni personalidad alguna. El autor que tiene al lodo una repugnancia instintiva y que siempre ha separado *la vista con horror* y el *estómago con asco* de los sitios inmundos, retira *à priori* cuanto pueda ser retirable, para no verse en el caso de que se le lleve un reto, que no aceptaría jamás, por que el escritor no debe contradecirse con sus propias ideas, que lanza al público dominio; y porque nunca como hoy le ha tenido tanto apego á que no se le interrumpen los órganos respiratorios, que trata de conservar íntegros para sus pequeños.

Hecha esa aclaracion ó entreparéntesis, por lo que pueda con-

venir à los espíritus belicosos, recaudemos el hilo de nuestras ideas.

En la definición última que sobre el duelo nos trae el Diccionario, hemos leído «Trabajos y calamidades;» y aunque verdaderamente considerado y sin violentar su genuino sentido, no puede aplicarse al caso semejante definición, guarda hasta cierto punto analogía con el de que se trata.

Porque en efecto, trabajo es, y no pequeño, el que tranquilo un ciudadano pacífico é inofensivo, se le entren por las puertas de su casa dos prójimos vestidos de rigurosa etiqueta y ceñido guante en plena canícula, (así lo prescriben las leyes del honor;) y después de los saludos de cajón y dispensaciones de ordenanza, se le enderece poco más ó poco menos el siguiente ó parecido discurso.—«Señor don Fulano: don Zutano se encuentra con V. »gravemente ofendido por esto ó por lo de más allá; y nos manda »con poderes, para que nombre V. personas con las que nos ha- »yamos de entender à objeto de que concertemos el que se rompan »V.V. el cráneo, y se lave con sangre la ofensa recibida.»—El hombre se queda perplejo, estupefacto, que no es la cosa para menos, y sin decir por de pronto esta boca es mía, viéndose interrumpido tan bruscamente y à quema ropa, tal vez en una faena doméstica. Se encoje de hombros entre mohino y risueño, y con semblante algo equívoco, se prepara para dar à la embajada una respuesta digna: la palabra espira en sus labios, interrumpida por los descompuestos gritos de la esposa, que escuchó la escena desde el inmediato gabinete, gritos coreados por las vocecitas atipladas de algún niño que es el eco en falsete de mamá en sus denuestos contra los perturbadores del hogar; y con acompañamiento también de los ladridos de un falderillo chillón, que arremete contra los embajadores. Esto es esencialmente ridículo y un escándalo lamentable, que sirve de comidilla à los chismes de vecindad.

Y es una calamidad mayúscula que la moda, con su invasor espíritu, penetre hasta el sagrado de negocios tan serios y formales, donde se trata nada menos que de la vida del hombre. Demos de barato que esa moda se ocupe ó desarrolle en fruslerías ó nimiedades, cuyo dominio alcance à la tela que se viste, al corte de última del traje que se usa, al lazo ó perifollo, que copia exacta de escarola ó girasol, engalana ciertos sitios à la mirada vedados; y hasta en esos lamentables peinados, con que el sexo hermoso procura desembellecer sus naturales gracias, ya con la coca que semeja las alas de una gaviota, ora la castaña que parece un porta-monedas, y en nuestros días, esos roses con carrilleras en unas, y en otras los tremendos morriones, que nos hacen recordar los Voluntarios realistas de antaño ó los Zarpadores de hoy: pero de esto à que le priven à uno de la existencia sin enferme-

dad conocida, francamente, es una moda que no debemos adoptar, por ser más incómoda que el pantalón de trabilla, el corbatín de suela, y la gorra de ala verde.

El duelo, por desgracia, cuenta la antigüedad del mundo, sin que jamás haya podido corregirse esa perniciosa costumbre, por más que para combatirla se ha escrito. Según las épocas por que las generaciones han venido sucediéndose, siempre sufrieron las formas del duelo metamorfosis variadas, impresas sobre el carácter peculiar de cada siglo, sus costumbres y grados de su civilización; pero en el fondo han obedecido constantemente à idéntico principio de destruirse dos que pelean. Los gladiadores romanos: los torneos de la edad media, ¿y qué más? el juicio de Dios, no representaban en su esencia otra cosa que un duelo à muerte, en el que quedaban sobre la arena del palenque esforzados campeones, que entregaban su vida por el lazo de una dama, ó por una flor mística, que entre sus convulsos dedos oprimían, puestos los turbios y agonizantes ojos en el faldellín verde-esperanza de la Dulcinea de sus pensamientos.

En nuestros tiempos también se nos importó un romanticismo trasnochado y perturbador, peor cien veces que el cólera morbo, que trastornando miles de cabezas infelices, originó no pocos «Trabajos y calamidades».—Acaso sin quererlo, resucitó nuestro García Gutiérrez, con su inimitable *Trovador*, el espíritu del duelo con mayor energía que nunca: y el teatro casero, y el salón de sociedad, y la cocina con su confortable chimenea, y el mercado público, y el café, y las calles y callejuelas, y la corte, y la ciudad, y la aldea, y hasta la cabaña del labriego, eran un eco no interrumpido de aquellas estrofas:

Al campo, D. Nuño, voy,---Donde probaros espero....

Y tanto se entusiasmaba el pueblo con el desafío del *Trovador*, y tanto se identificaba con Manrique, que por un quitame allá esas pajas, estaba muy dispuesto cualquier horterilla ó aprendiz de peluquero à retar al lucero del alba. Ganaron, en cambio, con el famoso drama, los cosecheros de vinagre; porque también hubo Leonores improvisadas, que para hacerse interesantemente lánguidas y ojerosas y ostentar sufrimientos que no sentían, por encontrarse en cabal salud, à Dios gracias, y sanas y rollizotas como madroños, apuraban sendos tragos de aquel líquido poco grato al paladar; mutando así las frescas rosas de sus mejillas, cuyo carmin las mortificaba por prosáicamente vulgar, más propio de payesas que de románticas espiritualidades.

Para acortar el artículo, que ya se hace largo. Reprobamos el duelo: le anatematizamos por inhumano y atentatorio à todo principio recto y severo. Aun admitiéndolo, si tuviéramos la desgracia de hacerlo por inescusable, sería estableciendo una perfecta equidad en sus condiciones. Yo aventuro, por ejemplo, en ese juego al azar de la vida, una esposa y cuatro hijos, que de mí dependen, sin contar otras circunstancias especiales que la modestia veda consignar. Que aventure otro tanto mi competidor, y tendremos un equilibrio de equidad y justicia para batirnos. Pero que yo compro-

meta objetos tan queridos y sagrados, colocándome frente á frente del que solo juega con su individuo los focos de su camisa ó el lazo de la corbata, es un absurdo ridículo, que rechaza la razón. repugna al sano criterio, y merece una carcajada.

Al terminar lo haré con el recuerdo de una anécdota, que hace años lei no sé dónde.—Era el dueño de cierta fonda en Madrid. Cuando en su establecimiento se concertaba un duelo y salían para el campo combatientes y padrinos, volviéndose flemático á uno de sus dependientes, le repetía siempre:—«Mozo, prepara seis cubiertos para dentro de una hora.»—

JOSÉ MARIA PUCHE.

A TI,

Lo mismo que el torrente impetuoso
Rompe ó salta la valla,
Que en vano intenta detener el rumbo
De su segura marcha,

Así tu amor hasta mi pecho llega
En busca de mi alma,
Arrollando veloz cuánto á su paso
Puede servir de valla.

Lo mismo que el volcan, que hirviente ruge
Y atronador estalla,
Vomitando violento por el cráter
Nubes de ardiente lava,

Así mi corazón late en el pecho,
Y alborozado lanza
Llamaradas de amor, que por dó quiera
Tu corazón abrasan.

¿Quién puede, hermosa, detener el vuelo
De tu alma enamorada?
El que sirve al torrente impetuoso
De inaccesible valla.

¿Quién entonces podrá cerrar el cráter
 Del fuego de mi alma..?
 El que reprime del volcan indómito
 La enrojecida lava.

¿Quieres saber quien es? Pues es el mismo
 Que nuestro amor enlaza;
 El que todo lo puede: el que bendice
 La union de nuestras almas.

J. RUIZ NORIEGA.

LAS INTERJECCIONES.

Sin duda vas á figurarte, lector amigo, al ver el epígrafe, que te amenaza un sermón gramatical, pero equivocaste muy mucho si tal piensas, pues ni estoy en ánimo de dar lecciones ni tú quizá dispuesto á recibirlas; y como deseo que marchemos conformes, yo en el decir y tú en el atender, he de tratar de cosa con que poder complacerte: que fuera loca indiscrecion escribirte de asuntos desagradables, cuando está en mano tuya el no leerlos. Voy, pues,—te lo digo en secreto—á tratar del derecho y de la libertad; mas como escribo en una Revista científica y literaria, y podría creerse por algunos ageno á su índole tratar este importante asunto, me valgo del pretexto de las interjecciones, para manifestar que me hallo *dentro de la legalidad*: y bien conocieras, si ya no lo supieses, que soy español, en esto de buscar achaques para eludir el cumplimiento de la ley.

Con que basta de preámbulo y vamos al asunto.

Escuso decirte, pues lo sabes, que las interjecciones son unas breves pero expresivas exclamaciones, con que manifestamos el asombro, la sorpresa, el disgusto, el placer ó cualquier otro afecto causado en nuestro ánimo por un acontecimiento: tambien sabes que desde el modesto ¡*Ave Maria Purísima!* del piadoso anciano, hasta el rudo ¡*Vot va á Deu!* del carretero valenciano, á quien se atascan las mulas en un barrizal; desde el inofensivo ¡*Sinojo!* de cierto amigo mio, hasta las repugnantes palabras con que de continuo hieren

ciertas gentes nuestros oídos, es incalculable el número de las interjecciones. No es mi ánimo hacerme cargo de todas ellas: dejo aparte por inocentes muchas, como *Cáspita*, *ciporro*, *caramba*, y hasta el vergonzante *¡Carape!*, por más que el uso frecuente de tales vocablos indique cuando menos pobreza de conceptos; pues al fin la pobreza está hoy á la orden del día, gracias á los buenos deseos de Tirios y Troyanos, que se han empeñado en hacer nuestra felicidad: tampoco trataré de las interjecciones blasfemas, deshonra de quien las pronuncia, vergüenza de quien las escucha y signo cierto de lamentable irreligiosidad: es tan solo mi propósito condenar y proscribir ese cúmulo de palabras, faltas de decencia, llenas de cinismo y sobradas de inmoralidad, que han dado en proferir continuamente hasta las personas mas ilustradas y que parece deben tener mejor educacion.

Y no me salgas al paso con tu *derecho indiscutible* de hablar ó diciéndome que restrinjo tu libertad y coarto el ejercicio libérrimo de tu autonomia: convenidos como estamos en que la cantidad es la razon, esto es, que la mayoría dice la verdad, aunque afirmé un absurdo, yo que hablo en nombre y por interés de los niños, que son el número mayor, declaro que hemos de hacer la ley á nuestro gusto, pese á quien pese, por mas que tú, lector descreído, la infrinjas, la huelles, la pises, la estropees y la hagas mil pedazos; lo cual, dicho de paso sea, á nadie ha de estrañar, por ser ya moda tener muchas leyes escritas y ninguna observada. Además, me abona otra razon de mayor peso y de indispensable autoridad, la razon del derecho y la libertad verdadera.

En efecto, nadie desconoce que los niños tienen derecho á ser bien educados, y que este derecho personalísimo deben ejercitarlo con y aun contra la voluntad de sus padres y del mundo entero: luego si la libertad consiste en la posibilidad constante de ejercer cada uno su derecho y la mision de la autoridad es hacer que se respeten los derechos de todos, velando porque nadie perturbe ó coarte el ejercicio de cualquiera de ellos, es evidente que todo hecho, palabra ó cosa, que pueda viciar ó dificultar la buena educacion de la niñez, debe prohibirse y su uso castigarse; tanto más y con rigor mayor, cuanto sea más liberal el sistema de gobierno que rija. ¿No señalan los códigos de todas las naciones castigos para cualquiera que maltrata el cuerpo de un niño? ¿No establecen la prohibicion de perjudicarlo en sus intereses, marcando penas por ello aun á sus mismos padres? Pues ¿por qué no se ha de castigar al que con palabras ú obras arranca el candor y la inocencia del alma de los niños? ¿No es mayor este daño que el que pueda causarse al cuerpo? ¿No valen más estas prendas, que todos los intereses materiales?

Ahora bien, lector benévolo, ¿pondrás en duda que las interjecciones indecentes y deshonestas son fuerte rémora, obstáculo gran-

de á la buena educacion, derecho respetabilísimo de los niños? Tú, padre cariñoso, ¿dudas que las indecencias y deshonestidades pronunciadas ante tu inocente hija, primero la sofocan y avergüenzan, luego la arrebatan el pudor, joya preciosísima de su alma y despues.....? despues ¡todo! por que caido el pudor y abandonada la vergüenza, no hay virtud posible. Y tú, padre que te llamas despreocupado ¿no consideras que toda indecencia hecha ó dicha delante de tu hijo le roba la pureza de su alma y en un terreno impuro no es fácil que germine semilla de virtud? Además, decidme todos ¿á qué ley sino á la del escándalo obedece el uso de palabras groseras? ¿á qué necesidad responde? ¿qué beneficio produce? Y si no responde á una necesidad ni reporta bien alguno, antes, como llevo dicho, es causa de graves males ¿por qué manchar nuestra lengua, por qué ofender los oídos ajenos con obscenidades, que dejan al descubierto nuestra incapacidad y patentizan una lamentable falta de respeto á la moral? Y vosotros, personas ilustradas, que sin premeditacion os dejais arrastrar por la encenagada corriente ¿no considerais indigno de vuestra cultura y educacion el uso de interjecciones obscenas? Pues qué ¿tan pobre se halla nuestro diccionario ó tan desconocido le teneis, que no se os ocurren palabras decentes con que espresaros en toda ocasion? ¿No os sonroja siquiera el pensar que usais el asqueroso lenguaje de los presidiarios?

Pero hé aquí que contra mi propósito he olvidado el buen humor y disgustádoe acaso, lector amigo. Pidote perdon por ello y para no molestarte más reasumo mi tema en pocas palabras. Es así que los niños tienen *derecho* á que se les eduque bien; es así que las palabras indecentes y deshonestas vician la educacion; luego tenemos el *deber* de omitir aquellas palabras y la autoridad el de compe-lernos á ello, castigándonos en caso contrario: luego si no cumplimos con ese deber, atropellamos la libertad de los niños, entorpeciendo el ejercicio de su derecho, y la autoridad si lo tolera, es cómplice de nuestro delito y reo de lesa libertad.

A. ISAAC DEL CASTILLO.



CANTARES.

No te cuadra ese desden,
Ni se ajusta à la razon,
Que teniendo tanto bien,
Tengas tan mal corazon.

Eres la luz que me guía,
El bien que en la tierra veo,
Mi esperanza y mi deseo,
Mi placer..... y mi agonía.

Esas lágrimas brillantes
Que arranca a leve dolor,
Al quemar alguna flor
Brotan mas bellas que antes.

Y ese mágico murmullo,
Que dà tu acento al oido,
De la alondra es el gemido,
De las auras el arrullo.

Des que unos ojos miré
Enferma el alma sentí:
Si un corazon no me cura
No sé que será de mí.

Dice Juan que à Rosalía
Ha de idolatrar con fé:
Le juro no lo diría
Si supiera..... lo que sé.

Afan tuve en no dejarte
Entonces, por Belcebù,
Y hoy me afano y no consigo,
Lelia, que me dejes tù.

RAFAEL CABRERA.

BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

NOVÍSIMA GUÍA DEL ALCALDE, recopilada por un Doctor en Administración —Esta obra es una colección completa de las leyes vigentes en la esfera política y administrativa, y consta de tres tomos en uno, con interesantes y bien escritos comentarios sobre las disposiciones más importantes de nuestra legislación, noticias históricas &c. La utilidad de este trabajo es evidente y creemos debe figurar, como uno de los más exactos y concluidos, no solo en la biblioteca de los Alcaldes é individuos de los Municipios, sino en la de los Abogados y jurisperitos, como Manual de Consulta y aun como libro de estudio.

GEOGRAFÍA DESCRIPTIVO-RECREATIVA Ó UNA ESCURSION FAMILIAR POR LAS CAPITALS DE ESPAÑA, por D. Andrés F. Ollero.—Este libro, escrito para enseñar deleitando, mezclando lo útil con lo dulce, según el precepto de Horacio, cumple su objeto, y contiene abundantes datos geográficos, que rara vez se hallan en una obra elemental. El estilo es ameno y fácil y bajo la ficción de un padre que viaja por España con su hijo, aquel responde á las preguntas del curioso niño, haciéndole una explicación detallada de los puntos más notables que recorren en cada una de sus expediciones. La obra consta de cuatro tomos, de los cuales hemos recibido los dos últimos y es muy adecuada para la instrucción de los niños, á cuyo objeto la destina su autor, habiendo impreso cada tomo con diferentes tipos, para que pueda servir á las distintas secciones de la clase general de lectura en las escuelas de ambos sexos. Digno de alabanza es este propósito, mucho más, cuando en España, por desgracia, no abundan las buenas obras elementales para la enseñanza primaria, merced á la decadencia en que se halla este importante ramo, por causas de todos conocidas; y no podemos menos de escitar al laborioso autor de este apreciable trabajo á que persevere en la senda que con no escaso acierto ha emprendido, pues obras de este género son muy necesarias para remediar el atraso intelectual y despertar la afición al estudio por su sencillez y amenidad, difundiendo y propagando el afán de instruirse, que es una imperiosa necesidad en nuestro país, principalmente entre las clases sociales menos favorecidas de la fortuna, y que por su condición, están dedicadas á otro género de ocupaciones.

EL CUARTO DE HORA DE ORACION, ó Meditaciones para cada día del mes, por el Presbítero D. Enrique de Ossó.—El título manifiesta

el objeto de esta obrita, publicada en la tipografía católica de Barcelona, con la aprobacion de la autoridad eclesiástica y redactada segun las enseñanzas de la ilustre doctora de Avila Santa Teresa de Jesús. Su tendencia religiosa y mística deben imponer respeto á la critica profana, y destinada la obra á satisfacer aspiraciones de las almas devotas, nos concretamos á anunciarla como una guía excelente para los espíritus piadosos, que deseen hacer con fruto el cuarto de hora de oracion, recomendado por la seráfica doctora.

IL MAESTRO DI LINGUA FRANCESE, per Gennaro Caterino.—Esta obra es una gramática francesa para uso de los italianos. Su autor, ilustrado profesor de Nápoles, y ya conocido por otros estimables trabajos de este género, destina el presente á la Escuela técnica y militar de Italia. á semejanza del *Maestro de lengua italiana* que escribió anteriormente, con destino á la Escuela técnica, comercial y militar de Francia. La obra comprende tres partes: Curso preparatorio; Curso de aplicacion; Curso de perfeccionamiento. Los elogios que la prensa de la nacion vecina y de Italia han tributado á este trabajo, son su mayor recomendacion. En los estudios filológicos y gramaticales es el todo la claridad de método y la inteligente distribucion de la teoría y la práctica, á fin de no fatigar la memoria con reglas inútiles, ni torturar el entendimiento con la confusion de las ideas. Ambas dotes reúne la obra de que nos ocupamos, lo cual no podía menos de suceder, dados los vastos conocimientos y larga práctica de su autor; por cuya razon es utilísima para los que, conociendo el italiano, deseen estudiar la lengua francesa, y muy recomendable para los que, poseyendo ambos idiomas, quieran hacer estudios comparativos, pues sin perjuicio de su tendencia gramatical y didáctica, no faltan en la obra que examinamos interesantes observaciones dignas de atencion y apropiadas para esta clase de estudios.

(Se continuará.)

A. G.